

COMO CITAR ESTE ARTÍCULO:

Gelacio P., Juan David. (2013). "Memoria y resistencia". *JURÍDICAS*. No. 2, Vol. 10, pp. 167-180. Manizales: Universidad de Caldas.

Recibido el 9 de octubre de 2013
Aprobado el 27 de octubre de 2013

MEMORIA Y RESISTENCIA*

JUAN DAVID GELACIO P.**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
LATINOAMERICANA DE MEDELLÍN.
UNAULA

RESUMEN

Este artículo gira en torno a la memoria como elemento primordial a la hora de comprender nuestro horizonte, no solo existencial sino también político, y su potencial de resistencia y transformación. En primer lugar, se aborda la memoria como condición narrativa de la existencia en su carácter de resistencia frente al olvido y frente a la captura de la historia oficial. En segundo lugar, se analiza la importancia de la memoria en el conflicto armado colombiano y su competencia para comprender el presente como posibilidad de rechazo –superación– de la guerra y sus violencias.

PALABRAS CLAVE: memoria, olvido, resistencia, presente, guerra.

* Este artículo hace parte de la investigación Hacia una genealogía de la resistencia para optar al título de Magíster en Estudios Políticos.

* Licenciado en Filosofía y Letras. Maestrando en Estudios Políticos, Universidad de Caldas. Miembro del Grupo en Estudios Políticos Latinoamericanos, Universidad Autónoma Latinoamericana de Medellín. UNAULA Correo electrónico: juanself@hotmail.com.

MEMORY AND RESISTANCE

ABSTRACT

This article focuses on memory as a key element understanding our horizon, not only existential but political, and its resistance and transformation potential. First of all, memory is addressed as a narrative condition of existence on its character of resistance against oblivion and catching the official story. Secondly, the importance of memory in the Colombian armed conflict and its competence to understand the present as a possibility of rejection – improvement– of war and violence is analyzed.

KEY WORDS: memory, oblivion, resistance, present, war.

“La memoria no es una facultad del hombre sino un órgano del ser gracias al cual lo que se alberga y recoge en y sobre sí mismo en el tiempo, es”
(José Luis Pardo)

I. MEMORIA COMO CONDICIÓN NARRATIVA DE LA EXISTENCIA

“Dime qué olvidas y te diré quién eres”
(Marc Augé)

Hemos aceptado con una naturalidad desconcertante, rayana en la insensibilidad, en el refugio inaudito de la indiferencia, que la vida de unos necesita la muerte de otros: cuestión de aritmética, simple materia prima de la estadística. Subterfugio en el que se esconde una tanatopolítica que por subrepticia no deja de ser eficiente (ESPOSITO, 2011: 20). Pero entre la sangre y la barbarie, entre la guerra y la sevicia, entre el dolor y la tragedia, entre la vida y la muerte siempre aparece la memoria: la memoria media entre la vida y la muerte. La memoria solo puede ser simultánea con la vida y nos hace poseedores de un secreto: el paso del tiempo puede contarse; la cuenta del tiempo es la matemática de la memoria, pero además nos pone de manifiesto que un relato no detiene el tiempo pero lo contiene (PARDO citado en SEGUÍ, 2010). Podemos decir la vida porque tenemos memoria para narrarla, y así la memoria antecede a toda justicia, la constituye, le da forma y en ese sentido la desborda; la desborda cuando la justicia está configurada en los límites de un cuerpo legal; siempre su proporción, su potencia, aguarda por fuera del campo restrictivo de lo jurídico.

La memoria que es recuerdo, pero no solo eso, que juega y se apresura ante el olvido, es apuesta y transformación, viene del pasado hasta el momento presente: trae imágenes, palabras, olores, sensaciones, opera sobre nuestra ineludible corporalidad. Por ello la memoria es siempre memoria del cuerpo, del cuerpo presente, del cuerpo ausente, del cuerpo mutilado, del cuerpo desgarrado; el cuerpo que es traído por la memoria a este cuerpo de hoy; ese tránsito extenuante y variable es el trabajo que se asigna la memoria, extracción de un ayer que aconteció y que solo sabemos que aconteció por la memoria. Afirma José Luis Pardo que:

La memoria es el presente del presente, pero no se confunde con el visible presente. La memoria es, además, futuro porque contiene la verdad de lo por-venir, pero se encuentra fuera del alcance del prever. La memoria es un presente incompatible con la forma visible de la presencia y con su actualidad pasajera y efímera. (PARDO citado en SEGUÍ, 2010)

Sed y hambre, angustia y dolor, esperanza y alegría no acontecen de manera espontánea; padecemos nuestro cuerpo y nuestro cuerpo padece solo cuando existe una memoria que nos indica que algo pasó en un preciso momento, y que

podemos hacerlo mensurable –solo si lo queremos–, puesto que también del pasado puede llegar lo inconmensurable en forma de rencor o de esperanza. La memoria es recuerdo, pero el recuerdo no es la memoria, porque esta no reproduce, evoca y al evocar impulsa la posibilidad de narrar o de relatar. Aparece el sujeto que narra, un sujeto que está, después de todo, sujeto a una condición; como sostiene Pardo:

El Sujeto está forzosamente sujeto a su presencia a sí, a su presente, pero ese presente está hecho de pasados congelados y de futuros imperfectos, la presencia está hecha de ausencias, no solamente en el sentido de “cosas ausentes”, sino sobre todo en el sentido de escenarios en los que el sujeto no está presente; no puedo eludir vivir mi presente como el tiempo orientado en el sentido de mi historia, pero mi tiempo está hecho de espacios exteriores a mi historia, espacios insensibles e insensatos para mí. (PARDO citado en SEGUÍ, 2010)

Constatamos de esta manera que memoria no solo es tiempo sino además espacio, espacio habitado-deshabitado.

Así es que somos cuerpos, cuerpos atravesados por el tiempo, cuerpos que solo pueden afirmarse en cuanto cuerpos históricos, y ahí está la memoria para evidenciarlo; por eso para Marc Augé: “la inscripción en el tiempo caracteriza al individuo, desde el nacimiento hasta la muerte” (AUGÉ, 1998: 9).

Sin embargo, la relación de la memoria no se da exclusivamente con la vida, porque está el olvido, que funciona como forma negativa de toda memoria: el olvido que se compromete en un doble juego, desfonda la memoria y la afirma al mismo tiempo, es simultáneo su doble juego, nunca sucesivo. El olvido es, entonces, un coexistente de la memoria.

En torno al olvido Augé afirma:

El diccionario Littré define el olvido como “la pérdida del recuerdo”. Esta definición es menos evidente de lo que parece, o más sutil: lo que olvidamos no es la cosa en sí, los acontecimientos “puros y simples” tal y como han transcurrido [...] sino el recuerdo. ¿Qué significa realmente recuerdo? [...] el recuerdo es una “impresión”: la impresión “que permanece en la memoria”. Y la impresión se define como “... el efecto que los objetos exteriores provocan en los órganos de los sentidos” (AUGÉ, 1998: 11).

El olvido aparece como un signo y como una amenaza; como signo de no tener padecimientos y como amenaza de no tener afecciones. En esa doble aparición, lo que hay que resaltar es el inmenso peligro de no poder abandonar algunas circunstancias: “repetimos porque olvidamos, el olvido deshace el alma” (PARDO, 1992: 67). Repetimos la premura de la violencia, repetimos la sangre tibia que

se sale de los cuerpos de nuestros semejantes, repetimos el barullo que trae todo olvido; el olvido nos hace volver a vivir aquello que no debiera suceder dos veces: una venganza del tiempo por nuestros olvidos persistentes.

Memoria y cuerpo, recuerdo y corporalidad. Cuerpo y resistencia. Dice Pardo que la memoria al retenerse constituye una interioridad; a lo que habría que añadir que la memoria al preservarse confirma una resistencia.

La resistencia solo es posible cuando el individuo descubre con su memoria la dimensión narrativa de la existencia, esa dimensión que ya nadie podrá jamás arrebatarse; podrán acallarla o silenciarla mediante el ejercicio de una violencia feroz y brutal, pero jamás la arrancarán del individuo. Esto por una razón que pareciera persistir en su simplicidad, pero es más compleja de lo que parece: la vida pone en un juego simultáneo una historia individual y una referencia colectiva.

Cuando el individuo, su cuerpo, su vida, ha sido desbrozada, arrancada, siempre queda el lugar de la referencia colectiva, que puede hacer emerger la dimensión narrativa de la existencia, y es esa dimensión la que desborda de múltiples maneras cualquier intento de contención, sea este un sistema jurídico, la atrocidad de una masacre, la voluntad de otro individuo.

Las narraciones de unos y otros, diversos, diferentes, en círculos de intereses específicos coexisten sin dejar de influir e incluso sin dejar de determinar unas a otras. En ese momento de coexistencia e influencia se tejen además relaciones de poder que determinan de manera arbitraria no solo las narraciones que van a ser escuchadas sino además el auditorio o receptor sobre el que esas narraciones van a yuxtaponerse y a reclamar una realidad que se compartimenta con base en ellas.

De allí, que exista el riesgo de que ciertas memorias sean olvidadas, excluidas, enviadas al más profundo abismo donde no puedan ser escuchadas, alejadas de un receptor que pueda construir con ellas una realidad diferente a la que se ha establecido. La institucionalidad, que no se reduce a instituciones objetivamente existentes sino que implica el empoderamiento de ciertas costumbres y la imposición de ciertas prácticas, construye entonces su propia narración que se erige como una historia oficial. Para este trabajo, de articular una historia general de los acontecimientos, es indispensable una labor de selección de narraciones, la exclusión, el silencio y el olvido sistemático de las memorias que pueden hacer entrar en contradicción la historia oficial. Así, la historia oficial deviene memoria colectiva, rompiendo precisamente el juego simultáneo de la historia individual y la referencia colectiva.

Esta última aparece como prueba inobjetable de la impostura de una historia oficial, siempre escondiendo la desaparición deliberada de algunas historias

individuales que pueden bifurcar la narración aceptada. En esos caminos fangosos, una memoria selectiva es presentada como memoria colectiva, lo cual no hace más que demostrar que la memoria oficial se compone de recuerdos selectos y olvidos deliberados, que en última instancia una memoria general es una totalidad fallida.

Parece claro que una memoria absoluta es imposible –creo además que sería indeseable, aunque se dice que Pitágoras lo recordaba todo, predecesor de Funes el Memorioso–, lo que no puede convertirse en una apología de la imposición de cierta memoria como memoria colectiva. Una némesis total impide un presente actual y actualizable; pero el olvido selectivo y deliberado restaura la posibilidad de repetir la irrupción del horror.

Al visibilizarse las marcas, las huellas, las cicatrices, que son desatendidas por la memoria o que recorren los caminos del olvido, evocan y rehacen el acontecimiento que pasó, que ha sido historia, que ahora en el presente y sobre las formas sinuosas de la huella puede ser narrada, puede ser relatada en sus detalles mínimos, atroces, sugestivos. La huella rememora, pero no representa, extrae del pasado para ponerlo en frente, en un presente que no se agota, pero que se agita ante la turbulencia misma de la huella: memoria que media entre la vida y la muerte, memoria que resiste al olvido, memoria que teje un relato desconocido y que alimenta una historia menos parcial, menos inaudita.

Una de las formas de salir de la situación de horror y guerra, de atrocidades y desidia es restaurar lo inmemorial, dejar que esas narraciones que no han podido ser tengan existencia, que aquellas memorias extraviadas y excluidas puedan ser traducidas al lenguaje, y así permitir que esos relatos nos alejen del olvido y su peligro: repetir una vez más aquello que aún no ha podido ser huella sino presente permanente, realidad inalterable. El olvido nos instala en la dialéctica infantil del bueno y el malo, de los señalamientos cruzados, de las culpabilidades evadidas; mientras que la memoria puede ayudarnos a reconstituir nuestras categorías éticas y políticas (y por qué no, las jurídicas) y veamos que el hombre puede transformar su oprobiosa condición actual: el hombre que asesina a su semejante, inerme e indefenso, con la más indiferente frivolidad, por que como lo afirmé al principio del texto, se consagra el axioma de que la vida de unos necesita la muerte de otros.

Entonces, tal vez la memoria pueda emerger como un ejercicio de resistencia y evite que repitamos aquello que hemos sido y aquello que hemos hecho u omitido. Ver en el semejante la diferencia, la alteridad y que esa “otredad” tiene un valor existencial que trasciende cualquier medida o cualquier adjudicación jurídica como derecho. Que el otro exista sin que alguien lo asesine, sin que el horror medie en el actuar y ser con el otro, no puede depender de manera exclusiva de un corpus legal que otorgue las características de inviolables, intransferibles o imprescriptibles. La sola existencia debe primar como condición ética y política para el respeto por el otro; la condición jurídica solo debe reforzar a aquella.

No somos los mismos pero la existencia y la palabra nos confiere igualdad (igualdad no es mismidad); en ese sentido la memoria puede permitir transformar nuestras condiciones de existencia:

Hay memorias confinadas al ámbito privado, en algunos casos de manera forzosa y en otras por elección, pero hay memorias militantes, convertidas a menudo en resistencias. En todas subyace una conciencia del agravio, pero sus sentidos responden por lo menos a dos muy diferentes apuestas de futuro. Para unos, la respuesta al agravio es una propuesta de sustitución del orden, es decir, la búsqueda de la supresión o la transformación de las condiciones que llevaron a que pasara lo que pasó: es una memoria transformadora. Pero hay también memorias sin futuro, que toman la forma extrema de la venganza, la cual, a fuerza de repetirse niega su posible superación. La venganza pensada en un escenario de odios colectivos acumulados equivale a un programa negativo: el exterminio de los reales o supuestos agresores. En efecto, la venganza parte de la negación de la controversia y la posibilidad de coexistir con el adversario. Es la negación radical de la democracia. (SÁNCHEZ en GMH, 2013: 14)

2. MEMORIA HISTÓRICA EN COLOMBIA: COMPARECENCIA ANTE EL PRESENTE

“La memoria es una expresión de rebeldía frente a la violencia y la impunidad. Se ha convertido en un instrumento para asumir o confrontar el conflicto, o para ventilarlo en la escena pública”

(Gonzalo Sánchez, Prólogo al Informe general del Grupo de Memoria Histórica)

Colombia ha asumido su historia reciente, bajo el signo exorbitante de la guerra y sus violencias; se ha incrustado en la rutina de miles de hombres, mujeres y niños, que ven sus vidas en el telón de fondo del horror y la barbarie. Decir 60 años de guerra y violencia, es solo considerar el lado mensurable de una situación límite, de una existencia saqueada y destrozada (el informe del Grupo de Memoria Histórica habla de 220.000 muertos en el conflicto colombiano entre los años de 1958 y 2012, sin contar con los subregistros que no tienen una cifra estimada). Lo que está en juego es precisamente una realidad irrepresentable que quiere hoy hacerse inteligible, pues como anota Gonzalo Sánchez en el prólogo al Informe general del Grupo de Memoria Histórica: “El conflicto y la memoria –lo muestra con creces la experiencia colombiana– no son elementos secuenciales del acontecer político-social, sino rasgos simultáneos de una sociedad largamente fracturada” (GMH, 2013: 13).

Tal vez los días y las noches de una guerra inhumana no puedan contarse, como sí los cadáveres apilados o esparcidos en un pueblo cualquiera de Colombia, o como

no pueda medirse la intensidad del dolor, o las lágrimas que recorren los rostros hasta estrellarse contra el suelo, suelo y arraigo que terminan donde empieza el dolor: el duelo perdido, el suelo extraviado, el arraigo desterrado; quienes la padecen –la guerra inhumana– solo pueden narrarla en su más cruel veracidad: no solo el testimonio de la crueldad y la dureza de la guerra sino también la narración que trata de encontrar un sentido a lo que pasó, una re-asignación de sentido a una experiencia radical.

Para evitar que la nada se lo trague todo solo queda la palabra, el lenguaje como mecanismo de alteración de lo real; en las palabras está el destino de quien ha perdido una parte de su vida, como lo afirma un habitante de Trujillo en el Valle:

Si no se habla, si no se escribe y no se cuenta, se olvida y poco a poco se va tapando bajo el miedo. La gente que vio el muerto se va olvidando y tiene miedo de hablar, así que llevamos un oscurantismo de años en el que nadie habla de eso [...] Como nadie habla de lo que pasó, nada ha pasado. Entonces bien, si nada ha pasado, pues sigamos viviendo como si nada. (GMH, 2013: 31)

Solo en esa experiencia radical, el sentido que se perdió en los avatares insanos de la confrontación armada puede emerger y ser construido, apropiado e instalado en una existencia que comparece ante el presente y que por la memoria atiborra el presente de sentido, de duelos hechos, de retornos al arraigo, de suelo habitado. Solo en la narración del sobreviviente la nada desaparece como estandarte del horror, la nada que hace inasumible el sufrimiento, que desgarrar y descompone, que torna incomprensible la existencia. Como escribió Jean Améry a propósito de su experiencia radical en Auschwitz: “La muerte también perdía finalmente su tenor específico en el plano individual [...] los hombres morían por todas partes, pero la figura de la muerte había desaparecido” (citado en NANCY, 2007: 57).

Nuestra guerra, sus fatídicas y múltiples prácticas, corre el velo para descubrir el carácter específico pero reiterativo de sus propias hazañas: muerte y dolor. Pero no muerte cualquiera y dolor cualquiera. Muerte y dolor pergeñados en diversas actualizaciones del horror: masacres, secuestros, desapariciones forzadas, violencia sexual, reclutamiento de menores, uso de armas no convencionales (del tatuco, la mina antipersona, pasando por el gas pimienta, a la motosierra), desplazamiento forzado, entre otros. Envilecimiento de las modalidades bélicas y variaciones sobre un mismo tema que visto en perspectiva y rescatado de la memoria de quienes estuvieron allí y sobrevivieron, narran también a quienes perdieron su vida y no tienen ya como contarla. Violencia que se intensifica cuanto más grande es la indiferencia y el desprecio de los otros, esos otros que devenimos nosotros, y a quienes aún no confunden o estremecen ni los muertos, ni las cifras, ni el relato melancólico del sobreviviente.

No obstante, nuestra violencia no debe ser abordada como un fenómeno recurrente del cual es imposible salir, antes bien:

El carácter invasivo de la violencia y su larga duración han actuado paradójicamente en detrimento de las particularidades de sus actores y lógicas específicas, así como de sus víctimas. Su apremiante presencia ha llevado incluso a subestimar los problemas políticos y sociales que subyacen a su origen. Por eso a menudo la solución se piensa en términos simplistas del todo o nada, que se traducen o bien en la pretensión totalitaria de exterminar al adversario, o bien en la ilusión de acabar con la violencia sin cambiar nada en la sociedad. Una lectura del conflicto en clave política mantiene las puertas abiertas para su transformación y eventual superación, lo mismo que para reconocer, reparar y dignificar a las víctimas resultantes de la confrontación armada. (GMH, 2013: 13)

Nosotros, espectadores impávidos e indolentes ¿deberíamos acusar el carácter insostenible de lo que habría que representar en esta guerra? No podemos representar lo que desaparece ante nuestra experiencia; aquí lo inaudito se presenta en forma de memoria, la memoria de aquellos que padecieron la infamia, lo inhumano, lo degradado de la existencia; es su memoria la que alienta nuestra conciencia de la guerra, es su memoria como resistencia al olvido, como resistencia a la captura de una historia oficial parcial que la convierte inmediatamente en memoria instrumental; esa resistencia hace posible eso que llamamos memoria colectiva, que puede ayudar a desentrañar las lógicas de la violencia en la medida en que hace emerger las prácticas que las originan y las que las alimentan sobre el camino:

Hacer memoria de la violencia es también hacer memoria de los cambios indeseados, de los seres, de los entornos, las relaciones y los bienes amados que fueron arrebatados. Memoria de la humillación, del despojo, de los proyectos truncados. Memoria de la arbitrariedad y de la ofensa. Memoria del enojo, de la rabia, de la impotencia, de la culpa y del sufrimiento. (BELLO en GMH, 2013: 25)

Por eso, la pregunta de Gonzalo Sánchez adquiere una dimensión tenaz, porque nos interpela frente al presente y frente a nuestros semejantes: “¿A quiénes concierne la guerra?”. ¿Solo al militar que busca su honor personal?, ¿al guerrillero que justifica su acción en una revolución imposible?, ¿al paramilitar que se autojustifica en la idea de lo contrainsurgente y en la refundación atávica de la patria?, ¿al inversionista nacional o extranjero que para expandir su capital lo impone como valor supremo intocable por encima de la dignidad de cualquier ser humano?, ¿al policía que inconsciente trata de restaurar un orden que no se ha quebrantado? A ellos claro está, pero también al desaparecido, arrojado cualquier día a uno de los ríos de la infamia que atraviesan Colombia, a los muertos en masacres, en asesinatos selectivos, a los secuestrados que regresaron y a los que murieron en cautiverio,

a los que están en una cárcel presos de los entuertos jurídicos, a quienes pisaron una mina y perdieron parte de su cuerpo, al desplazado que sobrevivió pero que tuvo que enfrentar el destierro, a los que sobrevivieron a sus muertos. Pero también la guerra concierne al hombre que vende periódicos, al político ahogado en la búsqueda de su propio beneficio, al periodista febril que sueña con la chiva y la objetividad aséptica de sus noticias, al académico que construye su investigación con cierto desdén, y por supuesto a quien escribe estas líneas.

La guerra y la violencia nos conciernen a todos, por eso la memoria se vuelve resistencia, porque conmina e interpela, pone frente a nosotros una realidad aplastante que debemos tratar de comprender en un gesto Arendtiano: esto es, comparecer ante el presente como comunidad y como individuos. Es indispensable hoy poner en primer plano el ejercicio de memoria de los sobrevivientes y sus muertos, porque solo esa memoria puede poblar la memoria colectiva que no tenemos aún, una memoria que nos pertenezca y que no haga parte de la flácida historia oficial, que nunca será memoria histórica y mucho menos memoria colectiva.

Confluyen las voces y los sentidos re-asignados, de nuevo constituidos, para poblar la historia de comunidad, de común unión, para provocar la única reconciliación posible: la del pasado y el presente que permite transformar el futuro. Mapiripán, El Aro, Segovia, Bojayá, Trujillo, El Salado son más que masacres, más que horror, más que sitios del espanto. Son una demostración exultante de que Auschwitz, el Gulag o Hiroshima, penden sobre los seres humanos y que en cualquier momento retorna el acontecimiento que imaginábamos imposible. En la memoria de los sufrientes y sobrevivientes está la posibilidad de exiliar el dolor y de extraer de las imágenes horribles el basta ya que comparece en este presente, para hacer posible un futuro diferente.

La construcción de memorias emblemáticas de la violencia y de sus resistencias puede y debe realizarse desde los centros como desde la periferia del país. Tanto desde los liderazgos nacionales y los liderazgos enraizados en las regiones, como desde los pobladores comunes y corrientes. La democratización de una sociedad fracturada por la guerra pasa por la incorporación, de manera protagónica, de los anónimos y de los olvidados a las luchas y eventualmente a los beneficios de las políticas por la memoria. (GMH, 2013: 14)

Este esfuerzo por preservar la memoria, por dejarla emerger no puede más que vincular a todos quienes hemos estado atravesados por estas lógicas de la violencia y la guerra, se convierte en un paso para fortalecer comunidad y sociedad, para transformar el pasado y este indeciso presente; pero además asigna lenguaje y con ello podemos “romper el círculo perverso de la explicación que se convierte en justificación” (GMH, 2013: 31). La memoria como resistencia nace de un estallido,

no está convocada a nacer en un sitio determinado y bajo un actor específico; ella es polifónica y heterárquica, desplaza los discursos del orden y de las buenas maneras argumentativas, tensa el pasado y el presente con miras al futuro. Por ello es indispensable narrar, que es una forma de comprender y que a su vez es la forma por excelencia de la memoria; narrar qué sucedió, donde sucedió, cuándo sucedió, por qué sucedió, quiénes fueron los perpetradores y quiénes lo padecieron, es decir, hacer visible el acontecimiento en su profunda complejidad, abrirse al lenguaje que puede decir la palabra. Por esto no resulta accidental que la estrategia más recurrente por algunos de los actores del conflicto armado sean los asesinatos selectivos como una modalidad de violencia eficaz; su objetivo primordial es silenciar a las víctimas para que no puedan hablar. Privación de la palabra, ausencia del lenguaje. Otra modalidad que se impuso fue la masacre, la cual tenía como objetivo la implantación del terror. Confluyen y se superponen silencio y terror; obstáculos persistentes que impiden de manera brutal la emergencia de la memoria, el empoderamiento de la palabra, la capacidad de enunciar y de nombrar el horror, de decir quiénes fueron los perpetradores. La memoria es resistencia entonces, pero ella misma resiste a las deformaciones permanentes, a los intereses mezquinos que pretenden capturarla, a los ejercicios de poder que la quieren convertir en un monumento colosal; la memoria no puede ser reducida a un bien común porque ella es ética común, patrimonio de quienes la preservamos, no puede ser presentada en términos del pasado pues ella es presente, comparecencia permanente.

Cuando esta dinámica es posible, aunado a ello, la comprensión deja el camino expedito para iniciar procesos de desnaturalización de las imágenes y lógicas de la violencia, el rechazo de toda habituación a la guerra, una salida del lugar insensato de la indiferencia y el inicio de una ética y una política del compromiso con el otro. Facilita la indignación que es una actitud indispensable en la construcción de sociedad y en el reconocimiento absoluto del otro, que siendo mi semejante se presenta a su vez como pura diferencia; tránsito de la lógica del amigo-enemigo a la del adversario, la del antagonista o a la bella forma dada por Chantal Mouffe de un pluralismo agonístico.

La memoria no es pues una pura abstracción, una rememoración sin efectos concretos en la cotidianidad de aquellos que han sufrido los estragos indolentes de la violencia y de la guerra, como lo demuestra este testimonio de una sobreviviente de El Salado que regresó después de dos años a su pueblo:

Cuando yo llegué dije ay señor, este no es mi pueblo, estoy metida dentro de la selva, la iglesia no se veía y la cancha tampoco, y llevábamos cuatro días allá, y yo lloraba, pero yo dije tenemos que luchar, tenemos que recuperar nuestro pueblo [...] no podemos dejar que se pierda. (GMH, 2013: 74)

En su relato, en su narración, la memoria de su pueblo lleno de manigua, no es obstáculo para resistir y luchar, y poder condensar una acción más que individual, colectiva para recuperar su espacio habitual, un encuentro del sentido, para volverlo a construir, tener la posibilidad del arraigo, de la recuperación de su comunidad, de volver a vivir con sus semejantes, sin olvidar el pasado que marca y la memoria que sutura, para mirar al futuro, a lo que está por venir.

Para finalizar quisiera citar apartes del testimonio de un sobreviviente, que mediante el ejercicio de la memoria, encuentra el sentido de su presente, comprende su existencia a la luz del dolor pasado y de una ausencia-presencia permanente.

‘GRACIAS POR NO DOBLEGARTE, PAPÁ’

Hace 15 años mataron a mi papá, José Eduardo Umaña Mendoza. El mediodía de ese sábado oscureció mi horizonte, lo cambió todo. Llegábamos con mi mamá a recogerlo. [...] “Mataron a tu papá”, me dijo mi mamá. Me vi en el piso.

[...] Querían llevarlo, me explicaron. Él los retó, vertical, fuerte y valiente. Sus huellas se afirmaron en el suelo. “Si vienen por mí, resistiré, no me doblegaré”, había dicho meses antes. Dispararon, hurtaron lo que pudieron y salieron.

[...] Los ecos de ruido se comprimían en un grito sordo de familiares de desaparecidos, de torturados, de sacrificados, de encarcelados por protestar, de tantas y tantas personas cuya única esperanza era que mi padre les ayudara a sacar su caso adelante. A la casa llegaba gente por hordas pidiendo ayuda porque habían padecido alguna atrocidad, buscando consejo, clamando una alternativa, desesperando una solución. En esos años de intenso ejercicio del derecho, mi padre entendió que la defensa de los derechos humanos no era sólo legal sino jurídica, no sólo jurídica sino política, no sólo política sino social, no sólo social sino íntima, de movilización de conciencias. Mi padre entendió que la soledad ronda a quienes luchan por la justicia, pero que el amor por lo que se hace es un valor que acompaña.

Los “investigadores judiciales” también desembarcaron, silenciando con urdida costumbre los resuellos de evidencia con su eco de nuevas huellas. Cuidadosamente tomaron una cinta sobre otra e hicieron un detallista inventario de lo que había en la oficina, con un objetivo eminentemente criminalístico, por supuesto; sin ningún resultado probatorio, por supuesto. “Yo le puedo sintetizar todo esto con una frase un poco jurídica, pero que contiene el significado preciso de los procesos: es una especie de telaraña jurídica con una tenaza política”, decía mi papá de su ejercicio profesional, casi premonitoriamente de su propio asesinato.

Mi abuela Chely todavía recuerda quemantes las vergonzosas palabras del fiscal general de la época, Alfonso Gómez Méndez, quien le diría que el caso de mi padre era un crimen de Estado y que en el mismo no había nada que hacer. Esas mismas palabras se oficializaron en el juicio que se siguió por el homicidio. Pese a que el mismo fiscal había aseverado a la Human Rights Watch que en el homicidio estaba implicada la Brigada XX del Ejército, y que la actividad probatoria del proceso destilaba lumbre sobre agentes de inteligencia militar, un testimonio dado desde una cárcel cambió la dirección de la investigación.

Un grupo de personas sería imputado [...] Luego de eso no ha habido nada o, mejor, como la Fiscalía Segunda Especializada de Derechos Humanos me corregía en la respuesta a un derecho de petición de impulso del proceso: “No es que la Fiscalía haya estado inactiva como lo asegura usted en su escrito, sino que desgraciadamente la labor investigativa desplegada en torno al caso ha sido infructuosa”. Sin frutos, marchita como la muerte, en coma como la ausencia.

Como decía mi padre, “el sistema sabe cómo y dónde ubica la represión. Hay muchas personas presionadas en el anonimato, que son algunos dirigentes, sobre todo de sectores campesinos y urbanos, que los matan, o los desplazan, o los desaparecen, y la gente ni siquiera se informa de eso. Incluso sabe que hay hechos que no se pueden ocultar, noticias que no pueden ocultar, que terminan trascendiendo. Ahí, el Estado es tan inteligente que asume e institucionaliza esos casos, los procesa y tabula el mismo Estado (...). Entonces: el Estado investiga la muerte, administra justicia para los probables autores de la muerte, absuelve, y continúa de nuevo cometiendo todo. Es decir, tiene en su poder todas las etapas del control social en el proceso criminal”.

Estos 15 años de injusticia e indignación no podrían ser subtítulos de muerte porque la vida de mi padre ha brotado en muchas partes, formas y personas. Mi abuelo, Eduardo Umaña Luna, nos llamaría una y otra vez más a tocar campanas de júbilo porque su hijo ha pasado a la historia. Estos años no han sido de despedida sino de memoria viva. Jaime Garzón me diría en el funeral de mi padre que él hacía lo que hacía inspirado en Eduardo Umaña. Esa inspiración está ahí en tantos corazones y mentes, de activistas que luchan por la libertad, que escudriñan la verdad, que saltan y sortean el acoso que sufren quienes luchan por la justicia.

Estos años son de aprendizaje y de nuevas fuerzas. Estos son años de una profunda trascendencia que se siente en el colegio Eduardo Umaña Mendoza, en grupos de debate, universidades, activistas, defensores de derechos humanos y sindicatos. En estos 15 años bien vale hacer una acción de gracias. Con los pies firmes, agradecer a Eduardo Umaña Mendoza por no doblegarse, por insistir, por su ternura

y solidaridad con los desaparecidos, con los muertos y torturados, con los puestos injustamente en prisión y con los que buscan otro futuro para su país. Quince años de “más vale morir por algo que vivir por nada”. (UMAÑA, 2013)¹

La memoria puede ayudarnos a transformar nuestro presente, permite que podamos habitar nuevamente nuestra existencia; la lucha por la memoria debe ser una construcción colectiva, esto es, construir una memoria colectiva sin jerarquías, donde todos los relatos se acompañen, construyan sentido, comunidad. Evitar al máximo convertir a esta en una torre de babel en la que en algún momento se imponga una narración sobre las demás de manera arbitraria, dando inicio a una nueva espiral de horror y violencia. Está en nuestras manos. Creo que el *Basta ya Colombia: memorias de guerra y dignidad. Informe general Grupo de Memoria Histórica*, junto con otros trabajos valiosos (al menos 20 del Centro de Memoria Histórica según la Dra. Catalina Díaz Gómez, Directora de Justicia Transicional del Ministerio de Justicia), son ejemplos contundentes pero no suficientes para emprender la magna tarea de construir nuestra memoria colectiva, la búsqueda de un nuevo sentido de la vida en sociedad, de una política y una ética del compromiso, de una comprensión y una comparecencia permanente con nuestro presente. Memoria no es la panacea para el horror, pero sin duda la lucha por su pervivencia debe orientar nuestro sentido ético y político. Es un paso seguro para transformar nuestro presente, no es el único; pero tal vez de esta manera podremos evitar –utilizando una expresión de Jacques Rancière– morir idiotas.

REFERENCIAS

- Augé, Marc. (1998). *Las formas del olvido*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Esposito, Roberto. (2011). *Bíos. Biopolítica y Filosofía*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- GMH. (2013). *BASTA YA! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. (Gonzalo Sánchez, Prólogo. Martha Nubia Bello, Presentación). Bogotá: Imprenta Nacional.
- Nancy, Jean Luc. (2007). *La representación prohibida*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Pardo, José Luis. (1992). *Las formas de la exterioridad*. Valencia: Editorial Pre-Textos.
- Seguí de la Riva, Javier. (2010). *Desde fuera y desde dentro, del todo a la parte*. En: http://javierseguidelariva.net/Trabajos%20en%20curso/Excerpta/03.Sin%20arquitectura/A.Desde%20fuera%20y%20desde%20dentro_Del%20todo%20a%20la%20parte.pdf [Consultado el 30 de julio de 2013].
- Umaña, Camilo. (2013). “Gracias por no doblegarte, papá”. *Elespectador.com*, abril 13. En: <http://www.elespectador.com/noticias/nacional/articulo-415924-gracias-no-doblegarte-papa> [Consultado el 14 de septiembre de 2013].

¹ Testimonio de Camilo Umaña Hernández, hijo del asesinado defensor de derechos humanos Eduardo Umaña Mendoza.